

Arabela no había visto nada de esto. Al oír la agonía terrible de los dos hombres, se había desmayado.

Pocos momentos despues, volvieron los caribes á montar en sus caballos. Cada uno llevaba su botin por delante, juntamente con Julia y Arabela. Fuertes brazos de indios las detenian delante á caballo..... luego se alejaron con la velocidad del viento.

CAPITULO X.

Las cataratas de Maypures y la gruta de Aruipe.

Mientras pasaba la escena horrible descrita en el capítulo anterior, seguian Humboldt y sus amigos el curso del rio Orinoco.

Este hermoso y magnífico rio, anhelo desde muchos años de Humboldt, se hallaba ante su vista en todo su esplendor.

Una corriente occidental y brisas tropicales favorecieron la travesía por el brazo de mar, que se extiende en el ancho valle, entre el nuevo continente y el Africa oc-

cidental. Antes de que se presente la costa, se observa un choque de olas espumosas que se cruzan mutuamente. Marineros que no conocen estas regiones, presumirian allí hondonadas ó manantiales de agua dulce, como los hay en medio del Oceano, entre las islas Antillas.

Más cerca de la costa de granito de la Guayana, aparece la boca ancha de un grande y poderoso rio, que sale allí como un lago sin orillas, cubriendo parte del Oceano con agua dulce. Las olas verdes del rio, que en las hondonadas aparecen con un color blanco leche, contrastan notablemente con el color de azul de la mar, que limita aquellas olas del rio con contornos muy pronunciados.

El nombre Orinoco que han dado los primeros descubridores al rio, y cuya denominacion probablemente es debida á una confusion de idiomas, no se conoce en el interior del país; porque en el estado de crasa ignorancia, suelen designar los pueblos con nombres propios, solamente aquellos objetos que pueden confundirse unos con otros. El Orinoco, el Rio de las Amazonas, el de la Magdalena, se llaman simplemente *el rio* en aquellos pueblos; tambien les llaman *el grande rio*, *la grande agua*, mientras los habitantes de la costa distinguen aun los riachuelos con diversos nombres.

La corriente que origina el Orinoco entre el continente del Sur de América y la isla de la Trinidad, es tan fuerte, que los buques que vienen en su contra con una brisa fresca del Occidente y con velas desplegadas, apé-

nas la pueden vencer. Esta region, temida por los navegantes, se llama el *Golfo triste*, y su entrada la *Boca de Drago*. Allí se elevan entre las olas enfurecidas algunos escollos aislados, semejantes á una torre, y señalan el antiguo dique de rocas que, en tiempos remotos, unia la isla de la Trinidad con la costa de Parí.

La vista de estas regiones fué precisamente la que afirmó á Colon en sus opiniones sobre la existencia del Continente americano. «Una masa tan inmensa de agua dulce, (así racionaba aquel grande hombre) no podia unirse sino por una inmensa extension de la corriente, y el país por donde corria esta agua, debia ser un continente y no una isla.» Así como los compañeros de Alejandro el Grande, al penetrar en el Paropamisio cubierto de nieve, creian conocer en el rio Indo, tan abundante en cocodrilos, una parte del Nilo, así creia Colon, sin conocer la semejanza fisionómica de todos los productos de los climas de palmas, que aquel nuevo continente era la costa oriental del Asia, prolongada hasta allí. Un fresco suave de la brisa de la tarde, la pureza etérea del firmamento estrellado, el perfume balsámico de las flores que traía el viento de tierra firme; todo esto hacia presumir á Colon (así refiere Herrera en los Decades) haberse acercado al Eden, al santo hogar del padre del género humano. El Orinoco le pareció ser uno de los cuatro rios que, segun un mito venerable, salian del paraiso, para regar y partir la tierra, adornada nuevamente con plantas.

Este pasaje poético de la descripción del viaje de Colón, tiene un interés particular psicológico, porque nos enseña de nuevo, que la fantasía creadora del poeta se distingue en el descubridor del Nuevo Mundo, como en toda grandeza de caracteres humanos.

El Orinoco aparece en su desembocadura más angosto que el Río de la Plata y el de las Amazonas. También su longitud es de cuatrocientas sesenta leguas cuadradas; pero muy al interior de la Guayana, á una distancia de doscientas treinta leguas de la desembocadura, tiene un ancho de diez y seis mil doscientos pies, estando crecido. Cuando esto sucede, que es periódicamente, se eleva allí cada año su nivel, desde veintiocho hasta treinta y cuatro pies sobre el punto de nivel más bajo. El origen del Orinoco no es visitado aún de ningún europeo, ni de ningún indígena que haya estado en contacto con los europeos. Llegado á la desembocadura del Sodomoni y Guapo, se distingue entre las nubes la cima del Duida, un cerro cuya vista ofrece una de las escenas más grandiosas de la naturaleza en el mundo tropical. La pendiente del Sur es una pradería desprovista de árboles. Allí llenan los aromas de la piana el aire húmedo de la tarde. Entre las yerbas bajas, ó las praderas, se elevan los tallos jugosos de las Bromelias. Entre la corola verde azul, brilla la fruta amarilla color de oro. Allí donde brotan los manantiales de agua de entre las rocas, se encuentran grupos aislados de palmas.

Al Oriente del Duida, comienza un espeso bosque de árboles silvestres de cacao, que circundan el célebre árbol de almendra, (*Bertholletia excelsa*) el producto de más fuerza en el mundo tropical. Allí juntan los indios el material para sus sopletes, que son de tallos de una yerba colosal que tiene de nudo en nudo diez y siete pies.

Algunos monges franciscanos han penetrado hasta la desembocadura del Chiquiri, donde el río es tan angosto, que los indígenas han tejido allí, junto á la catarata de los Guaharibes, un puente de plantas enredaderas.

Los Guaicas, una pequeña y salvaje raza, que usa flechas envenenadas, impide que se pueda avanzar más al Oriente.

En esta parte superior del río, entre el tercero y cuarto grado de latitud Norte, ha repetido la naturaleza uno de los fenómenos más enigmáticos; los llamados *aguas negras*. El Atabapo, cuyas orillas están adornadas con carolinas y melastomeas, como el Temi, Tuamin y Guainia, son ríos cuyas aguas tienen un color café, y algunas veces casi negro; principalmente á la sombra de las palmas toman las aguas de estos ríos notables un negro de tinta; pero en vasos transparentes tienen un amarillo color de oro. Con una precisión admirable, se refleja en estos ríos negros la imagen de las constelaciones del Sur. Allí, donde las aguas tienen una corriente suave, proporcionan al astrónomo, que hace observaciones con instrumentos de reflexión, un excelente horizonte artificial.

Falta de lagartos, tambien de peces, una temperatura mas baja, menos mosquitos y mayor pureza del aire, distinguen la region de los Rios negros. Probablemente deben su color extraordinario á una disolucion de hidrógeno carbonizado y á la riqueza de la vejetacion que hay en el fondo. Pero no son estas solo las maravillas que presenta el mas raro de los rios, el Orinoco.

Desde la serranía alta de Cunavami, entre el origen de los rios Sipapo y Ventuaró, sobresale una roca de granito hácia el Poniente, hasta la serranía de Uniamá. De esta roca salen cuatro riachuelos, que limitan la catarata de Maypures, por decirlo así; en la orilla oriental del Orinoco, el Sipapo y Sanariopo, y en la occidental el Camejí y el Toparo. Allí donde está la aldea Maypuro forman los cerros un golfo abierto hácia el Sudoeste.

El rio crece allí espumante, inmediato á la pendiente oriental de los cerros. En una pradera se encuentra aislada una roca de granito, en la cual hay grabados á una altura de ochenta piés que representan las imágenes del sol, de la luna, y principalmente de cocodrilos y boas, todos en hileras. En esta posicion extraordinaria se hallan los geroglíficos de piedra en la serranía de Uruana y Encaramada.

Si se pregunta á los indígenas el origen de aquellos geroglíficos, contestan que han sido hechos en tiempo de creciente por sus antepasados que vivian entónces en aquellas eminencias. Una altura del rio á este grado, era por consiguiente mas moderna que los toscos monu-

mentos de la industria humana. El indica un estado del globo que no se debe confundir con aquel, en el cual la primera vejetacion de nuestro planeta así como los cuerpos colosales de animales no existentes ya, y las criaturas pelágicas de un mundo de caos, encontraron su tumba en la costra endurecida de la tierra.

Así, es célebre por ejemplo, ante todo, la salida mas al Norte por las imágenes naturales del sol y de la luna. La roca *Keri* tiene su nombre de una mancha blanca que brilla desde léjos, y en la cual los indios creen encontrar una gran semejanza con el disco lleno de la luna. Probablemente esta mancha blanca es una inmensa piedra de cuarzo, formada por vetas en aquel granito de un color negro opaco.

Frente al *Keri*, en el cerro de basalto de la isla Quirivitari, enseñan los indígenas, con misteriosa veneracion, un disco semejante al que llaman *Camosi*, adorándole como imagen del sol.

¡Qué multitud admirable de fenómenos en un solo rio! Pero los mas interesantes habian de seguir todavía.

—¡Los raudales! gritó el patron de la lancha.

En efecto, el barco se estaba aproximando á las célebres cataratas de Maypures.

Era un grande, un magnífico espectáculo el que se presentaba entónces á la vista de los asombrados viajeros: entre innumerables islas, diques formados de rocas, y grandes masas de granito pobladas de palmeras, se disol-

via, convirtiéndose en espuma, uno de los rios mas caudalosos del mundo.

—¡Cielos, qué magnificencia! exclamó Humboldt.

—¡Incomparable! añadió Bonpland.

Mientras á Soto le faltaban palabras para expresar su asombro.

—¿Quién puede pintar esta admirable escena? ¿De dónde tomar los colores para un cuadro de esta clase?

Un sinnúmero de cataratas, unas pequeñas, otras grandes, siguiéndose unas á otras, formaban un verdadero archipiélago de riscos é islas que estrechaban allí el cauce del rio que tenia una anchura de ocho mil piés, de tal manera, que apenas quedaba un trecho de veinte piés para la navegacion. Y sin embargo, se ofreció á los ojos de los viajeros llenos de admiracion, una superficie espumosa de una extension de mas de una legua, elevándose en medio de ella grandes masas de rocas color de hierro. Cada isla, cada piedra, estaba adornada con grandes árboles, cubiertos de magníficas Orquideas, Bigonias, Banisterias, Peperomias, Arums y Potos.

Una espesa neblina cubria la superficie del agua y las cataratas; al través de las nubes de espuma, penetraban las elevadas puntas de las palmas; y refractándose un millon de veces con un perfume húmedo los rayos dorados del sol, prestaban al conjunto un encanto óptico é indescriptible. Eran innumerables arco-íris que desaparecian y volvian á aparecer. *Un juego de vientos hacia vacilar la imágen etérea.*

Los tres amigos caian de un asombro á otro, embriagados por un continuo deleite.

Ménos agradable para ellos que este espectáculo, fué el paso sobre estas cataratas.

—¡Cuánto trabajo! ¡cuántas penalidades y peligros!

Con frecuencia nadaban los bogas por delante, logrando con mucho trabajo afianzar una reata al rededor de una punta de rocas que sobresalian del agua, arrastrando la canoa con este auxilio para adelante.

Sucede frecuentemente que la canoa se hace pedazos en las rocas con estos esfuerzos, y los indios con el cuerpo ensangrentado, procuran entónces salirse del torbellino, y solo nadando pueden alcanzar la orilla. Pero en el caso en que se hallaban los viajeros, donde las gradas que forman las rocas son demasiado altas, y los peñascos se extienden por todo el lecho del rio, fué necesario llevar la canoa á remolque por la orilla, y algunas veces arrastrarla sobre ramas de árbol.

Pero tambien estas dificultades y penalidades supieron vencer nuestros amigos, demostrando una vez mas su gran valor, fuerza de voluntad y entusiasmo.

Empero estas penalidades fueron ricamente compensadas por un interesante hallazgo, que habia de formar época en los anales de sus viajes.

Habian pasado felizmente las grandes cataratas de Maypures y Atures, en las cuales se habian detenido cinco dias, cuando entraron á un valle, el que sin poderlo explicar, producía en ellos una impresión grave, casi

solemne. El carácter de toda la comarca en sus alrededores, no era solamente grandioso, sino algo melancólico, casi lúgubre, de tal manera, que Humboldt no pudo ménos de decir:

—La impresion que este valle produce en mi ánimo, es como si fuera el cementerio de toda una nación.

Con mucho trabajo, y no sin peligro, lograron subir á la cima de una escarpada roca de granito enteramente desprovista de vegetacion.

La subida habia sido posible solamente, por unos grandes cristales de espato calizo que sobresalian de la roca. No sabian á donde los llevaba su guia, que era el patron de la lancha, y quien solo les habia dicho con su acostumbrado laconismo, que iban á la cueva de Atarupe.

Esta expedicion debia valer la pena, porque de lo contrario no se habria dado este trabajo un indio indolente por naturaleza, teniendo que participar de las penalidades de un camino tan áspero.

Pero ya la espléndida vista en la cima de la roca, compensó á todos con usura.

Desde el lecho espumoso del rio, se elevaban colinas provistas de árboles que formaban bosques. Al otro lado del rio descansaba la vista sobre la pradera inmensa del Meta, y en el lejano horizonte se divisaba, como una nube amenazadora, la sierra de Uniamá; pero los alrededores de la roca eran áridos y estrechos. En el

valle, con su terreno algo quebradizo, vagaba el zopilote haciendo sombra con sus alas en la roca.

Repentinamente se les presentó á su vista la entrada de una cueva.

—La cueva de Atarupe, dijo el guia.

Se les figuraba á Humboldt y á sus compañeros hallarse al frente de una colosal catacumba. En efecto, no se habian engañado. A pocos pasos pudieron conocer que este notable lugar era el mausoleo de una tribu extinguida.

Encontraron allí cerca de seiscientos esqueletos bien conservados, en igual número de canastos, hechos de tallos de palma.

Este descubrimiento era para Humboldt y sus compañeros, tan sorprendente como conmovedor. El pensamiento de hallarse ante la tumba de una gran tribu, que..... con todas sus esperanzas, deseos, goces y pesares, habia cesado de existir y borrádose del catálogo de los pueblos, es en verdad conmovedor y significativo para el alma del mas fuerte.

—¿Y qué tribu era ésta que ha encontrado aquí su tumba? preguntó Humboldt al guia.

Este, casi inmóvil, apoyando sus manos y barba sobre su báculo, y teniendo fijas sus melancólicas miradas en los canastos mortuorios, contestó en tono solemne y con mayor gravedad de la que acostumbraba:

—Hay una tradicion entre los indios Guareques, segun la cual los valientes Aturas estrechados por un

número mucho mayor de los caribes antropófagos, se refugiaron en las rocas de los raudales. Allí defendían su vida y modo de existir, hasta que sucumbiendo á la miseria y al furor de sus enemigos, concluyeron completamente, desapareciendo toda la raza y con ella su idioma.

Humboldt, Bonpland y Soto examinaron en seguida, tanto los canastos como los esqueletos.

Los primeros, llamados *mapires* por los indios, tenían la figura de sacos en forma cuadrilátera, y eran de diversos tamaños, según la edad de las personas. Aún los niños recién nacidos tenían su mapire. Los esqueletos se hallaban tan completos, que no faltaba ni una costilla, ni una falange.

Los huesos estaban preparados de tres modos: en parte blanqueados, en parte dados de color rojo, y en parte envueltos como momias en resinas odoríferas y hojas de plátano.

El guía aseguró que se enterraban los cadáveres por algunos meses en tierra húmeda, para que se consumiera paulatinamente la parte carnosa. Después se desenterraban, y se les quitaba con una piedra filosa el resto de la carne. Esta costumbre tenían todavía algunas hordas de los Guayanas.

Junto á las canastas encontraron urnas de barro medio quemado, que parecían contener los huesos de familias enteras.

Las mas grandes de esas urnas tenían tres piés de alto y cinco y medio de largo, y eran de figura ovalada, pintadas de color verde, y provistas de agarraderas, figurando serpientes ó cocodrilos.

Los viajeros dejaron la cueva al anochecer, después de haber extraído algunos cráneos y el esqueleto entero de un hombre de edad, con el mayor disgusto del guía. (1)

Con un sentimiento indefinible se separaron los viajeros del cementerio de una tribu que ya no existe.

Era una de aquellas noches serenas y frescas como las hay frecuentemente en los trópicos.

La luna, adornada de un bello círculo de color, se hallaba en el zenit, alumbrando los contornos de la neblina, que cubria en grande masa el rio espumoso.

Innumerables insectos derramaban su luz fosfórica sobre el enverdecido suelo, cuya superficie brillaba como si la bóveda celeste, cubierta de estrellas, hubiese descendido á la tierra.

Enredaderas, la odorífera vainilla y banisterias de flor color de oro, adornaban la entrada de la cueva, y sobre las tumbas oscilaban las copas de las palmas.

(1) Uno de estos cráneos está dibujado en una excelente obra craneológica del Sr. Blumenbach. El esqueleto en cuestion se perdió con una gran parte de las colecciones de Humboldt, en un naufragio en la costa de Africa.

Humboldt había estado mucho rato sin proferir una palabra. Al fin dijo con profunda gravedad:

—Así se pierden las generaciones de los hombres; así la historia de los pueblos. Sin embargo, cuando se marchita toda flor del espíritu; cuando se destruyen con el trascurso del tiempo las obras del arte creador, brota una vida nueva y eterna del seno de la tierra. Incesantemente desarrolla sus fuerzas la naturaleza engendradora, sin hacer caso de que el hombre perverso, que pertenece á una raza irreconciliable, pise la fruta madura. (1)

(1) Palabras textuales de Humboldt delante de la cueva de Ataruipo. "Vistas de la naturaleza, tom. I., sobre las cataratas del Orinoco, cerca de Atures y Maypures.

CAPITULO XI.

Entre los Caribes.

Los rayos del sol, en su ocaso, caian sobre los troncos de los colosales árboles de Sapacuya, inundando de luz un claro de uno de aquellos inmensos bosques vírgenes y casi impenetrables, del Orinoco superior. Las puntas majestuosas de los gigantescos árboles con sus hojas color de rosa, brillaban en el crepúsculo, produciendo un hermoso é indescriptible efecto. El *Curiy*, especie de pino cuya semilla se come; el árbol de incienso; el odorífero palosanto, y el *Aguarabay* con su valiosa y apreciada resina, estaban mezclados entre ellos, enviando sus perfumes á lo lejos.